

GLOSA Y ELEGÍA DEL 18 DE SEPTIEMBRE

Pregones esperanzados y alegres, anunciadores como las bombas de gran palenque y el paso de los gaiteros, tengo escritos para esta fiel y nunca rota colección de los programas del Cristo. Este año, en cambio, quisiera ir al final, con un cierre que si bien se mira no es triste ni aguafiestas, aunque quizá teñido de esa melancolía suave y llevadera que anida tantas veces en el alma del poeta.

Porque conozco yo un muchacho de una villa para quien el verano no viene por la plenitud de los trigales, ni por las noches cortas y encendidas, ni por el tierno cansancio de los pájaros. En los coches, en el autobús -y en el pequeño tren, cuando corría... -llega el verano al pueblo de aquel muchacho que digo; y el verano son las muchachas nuevas con sus canciones recién inventadas, con sus bicicletas y pañuelos, y sus risas y sus andares y decires tan desenvueltos.

Él las había esperado a lo largo y a lo hondo de los meses, pensándolas, soñándolas. Y aun así tiene el suceso un no sé qué de maravilla, como esa primavera que cada año nos pilla sin que nunca llegue a saberse cómo ha sido.

Con las forasteras cambia la luz y el aire. Las forasteras traen algo hermoso y lejano en los ojos, y también en la voz cuando hablan de sus mundos. Las forasteras se llaman con nombres compuestos y nunca oídos. Y la vida tiene por ellas una música de fondo -cada verano su canción-, esa música que luego abrirá una pequeña y dulce brecha si se escucha sin compañía, luego, cuando el verano sea un recuerdo sobre el que llueve y llueve.

Porque ellas se marcharán, acaso olvidadizas. Llegará una mañana en que el lugar se levantará con ojeras, después de la última verbena, la final noche del programa multicolor de los festejos. Habrá que barrer las calles largas y la plaza ancha de la soledad, quitarles los papelillos y guirnaldas, hacer sitio al tiempo sin melodía. Los coches habrán dejado lugar a los carros de la vendimia, a los lentos bueyes de la costumbre; el coche de línea transportará las cestas de siempre; y en los muelles del adiós no quedarán pañuelos ondulantes sino el color llorado y ceniciento de los sacos.

Sí; será una mañana triste y al muchacho que yo digo le dolerá en el lado del corazón. Pero no se lo avisemos. Él no nos iba a creer, ahora que los fuegos de colores se clavan como estrellas de luz en el corazón incesante del Burbia, cuando son fiestas y es verano.

ANTONIO PEREIRA